



APOSTASIA

CUANDO Diego Fortaleza visitó la ciudad de Villantigua, sus amigos y admiradores le tributaron una ovación que dejó memoria. Es de notar que á la ovación se asociaron todas las clases sociales, distinguiéndose especialmente las señoras y el clero. Y nada tiene de extraño que despertase entusiasmo y cosechase fervientes simpatías mozo tan elocuente, de tanto saber, de corazón tan intrépido y fe tan inquebrantable; el de la frase briosa y acerada, que defendía en el Parlamento y en el periódico, en los círculos y en los ateneos, los puros ideales del buen tiempo viejo, la santa intransigencia, las creencias robustas de nuestros mayores y todo lo que constituyó nuestra gloria y nuestra grandeza nacional. A la voz de Diego Fortaleza, derrumbábase el hueco aparato de la ruín civilización presente: resurgía la visión heroica del poderío y del vigor moral que demostramos antaño, y dijérase que nuestro eclipsado sol volvía á fulgurar en los cielos. Paladín y poeta á la vez, Diego arrullaba las

esperanzas muertas, y los que le escuchaban, creían firmemente que del caos de nuestra actual organización no podía tardar en salir reconstituida sobre sus venerandos cimientos, la España de ayer, la sana, la honrada, la amada, la llorada, la eterna.

Echaron, pues, la casa por la ventana en Villantigua para obsequiar al que llamaban *niño de plata* del partido. Hubo solemne velada en el Circulo tradicionalista, con mucho piano, himnos, discursos y lectura de composiciones poéticas alusivas; al final, cuando Diego se levantó á pronunciar "dos palabras", estallaron inmediatamente aplausos frenéticos, y á la salida fué llevado á su residencia casi en triunfo. No faltó la serenata, ni el banquete monstruo de ciento ochenta cubiertos, ni se omitió la gira á las pintorescas orillas del Narrío, ni la visita á la Virgen de la Ortigosa. Las gentes de fuste de Villantigua sobra decir que se rifaban á Diego, el cual todos los días se veía precisado á rehusar, en galante forma, varios convites, — pues si fuese á comer dondequiera que le invitaban, no tendria bastante con una docena de estómagos.

Ultimamente, cansados ya de enseñarle iglesias y paisajes, museos provinciales y fábricas, los gabinetes de física é historia natural del Instituto, y hasta la colección de monedas y medallas que el respetable numismático Sr. Mohoso, C. de la de la Historia, ocultaba á todo el mundo como un crimen y por especial favor dejó admirar á Diego, los admiradores del joven dipu-

tado resolvieron llevarle á la casa de Orates, ó dígase al manicomio.

Con gran acompañamiento de médicos y sacerdotes entró Diego en la morada triste. El director, avisado de antemano, había puesto orden en las dependencias, procurando que resaltase y luciese la inteligencia de su gestión. Sonriendo picarescamente, llevó á Diego al departamento de las locas; por donde pasaron aprisa, pues á algunas infelices las exaltaba la presencia del varón, y quitado de su espíritu el freno de la vergüenza, que la razón no quebranta jamás, declaraban con palabras y aun con acciones su penoso extravío. Llegados al departamento de los hombres, el director fué mostrando á Diego varios casos curiosos y dignos de ser observados: un loco místico, cuya manía era haberse encerrado en una cueva y practicar allí la pobreza, la austeridad y la oración; un inventor que enseñaba los planos de un globo dirigible á voluntad y una mecánica de palitroques con la cual declaraba resuelto el problema del movimiento continuo; un enamorado que escribía el nombre de su amada hasta en las suelas de las botas, y un economista que proponía planes de hacienda dignos del famoso arbitrista de Quevedo. Entre tanto tipo original, vió Diego uno que pareció despertar en sumo grado su interés.

Era un vejezuelo calvo, pálido, de ojos sumidos y párpados amarillentos. Su rostro tenía algo de sepulcral; diríase que ya no estaba en el mundo de los vivientes: la ausencia de color,

la inmóvil solemnidad de su fisonomía eran propias de cadáver. Su voz resonaba hueca y sorda, sin inflexiones. Hablaba con escogida frase, con palabras dignas y majestuosas; y tomó por asunto del discurso que dirigió á Diego, la injusticia que se cometía al retener cautivo, y en el manicomio, á un hombre cuyo único delito consistía en haber realizado, á fuerza de cavilaciones, cierto descubrimiento soberano.

Como Diego le preguntase qué descubrimiento era ese, el loco explicó que se trataba nada menos que de parar el mundo, el pícaro mundo en que habitamos y que hasta el día no ha cesado de rodar con perenne y vertiginoso volteo. Ese giro incesante — añadía el loco — es la causa de todos nuestros males y luchas. ¿Se concibe que existan paz, estabilidad, instituciones duraderas y pródidas, en un planeta desquiciado, precipitado en carrera insensata á través del espacio y sometido á una trepidación profunda que todo lo desmorona y lo hace polvo? ¿Es mucho que pasen y se desvanezcan los imperios, las civilizaciones, las grandezas y poderíos, si el mundo, epiléptico, agitado por perpetua convulsión, no puede evitar cubrirse de ruinas, destrozarse á sí propio, en el estéril y vano temblor que le consume?

El verdadero redentor de la humanidad sería el que lograrse fijar con clavos de diamante la esfera andariega y corretona, dándole la hermosa quietud, la serenidad del reposo, la grandeza de lo inmutable, que ya por sí solo tiene algo de divino. Y ese redentor estaba allí; era él,

indignamente sujeto entre cuatro paredes por los que no le comprendían, ni se daban cuenta de los beneficios del invento.

Y el loco desarrollaba su vasto plan, el sistema de poleas, pesos, compensaciones, tornillos y barras que habían de fijar, mal de su grado, al rebelde planeta, quitándole las ganas de hacer cabriolas...

—¡Con qué atención oía nuestro don Diego á ese demente!—observó el director, siempre bromista, cuando salieron del patio.—Hasta parece que se ha quedado meditabundo. ¿A que sí?

—En efecto—contestó Diego alzando la cabeza.—Le aseguro á V. que me ha dado qué pensar el hombre.

—¡Extraña manía!—advirtió uno de los que acompañaban á Diego, rico propietario muy rígido y neto en sus ideas.—Es el primer caso que veo.

Diego calló, y al día siguiente salió de Villantigua, despedido por entusiasta multitud que quiso victorearle una vez más.

Honda y amarga fué la decepción que padecieron los villantigüeses ó villantigüehos aquel invierno mismo, cuando se reunieron las Cortes. ¡Diego Fortaleza, el propio Diego, el *niño de plata*, el adalid del pasado, apostató reconociendo lo presente, deponiendo su actitud quijotesca y noble, envainando su fulgurante espada de Arcángel exterminador, y dedicándose exclusivamente á una campaña de moralidad administrativa, raquítico fin de tan brillantes esperanzas! *La Voz del Empireo* le ex-

comulgó, y *La Santa Maldición* fué más lejos, pues le supuso vendido al gobierno por un plato de lentejas viles. En Villantigua se organizó un comité numeroso, sin más programa que el de silbar á Diego Fortaleza cuando aporte otra vez por allí, ¡que no aportará el muy Judas!

La única persona que aún habla bien de Diego es el director del manicomio, porque el joven diputado le envió varias cajas de soberbios Londres, con encargo de ofrecer una al loco que ha descubierto la manera de parar el mundo.





SANTIAGO EL MUDO

QUÉ oscura, pero qué dulce y tranquila se deslizaba en el vetusto Pazo de Quindoiro la existencia de Santiago!

Llamábanle en la aldea *Santiago el mudo*, no porque lo fuese, sino porque el mutismo voluntario equivale á la mudez, y Santiago acostumbraba callar. Taciturno, reconcentrado, vegetaba en el Pazo como la parietaria que se adhiere al muro ruinoso. Desde tiempo inmemorial, la familia de Santiago estaba al servicio de aquella casa; últimamente, sin embargo, se había roto la tradición: al trasladarse los señores del Pazo á la ciudad, dos hermanos de Santiago emigraron á la América del Sur; Santiago, huérfano ya, se quedó sólo en el noble caserón, declarando que se moriría si de allí se apartase. Santiago era hermano de leche del señorito Raimundo, también huérfano.

Las temporadas en que el señorito Raimundo venía al Pazo, se despejaba la frente y se animaba la adusta fisonomía de Santiago el mudo, á pesar de que la tal venida le costaba mil fatigas y sinsabores. El señorito tenía genio violento, altanero y despótico: mostrábase exigente en

los detalles del servicio, pidiendo refinamientos que no estaban al alcance de un paleta como Santiago; pretendía que le adivinasen el gusto, y acusaba á Santiago de camuso y torpe, dejándose llevar de la impaciencia hasta pegar á su hermano de leche. Sí; el señorito lo quería todo al estilo de los pueblos grandes donde había vivido y de las suntuosas residencias que tal vez había envidiado; el señorito era como una centella, y si se atufaba había que temblarle; pero su presencia comunicaba vida y movimiento; le acompañaban perros, caballos, amigos mozos y joviales, que correteaban por los desmantelados salones silbando y riendo, y á la mesa armaban descomunales gazaperas, haciendo salvas con el añejo vino guardado en la venerable *adega*.—Entre los huéspedes de Raimundo solían contarse jóvenes *morgados*; el Pazo se halla muy próximo á la frontera natural que forma el Miño á las dos naciones peninsulares, y el señorito iba con frecuencia á Oporto y á Lisboa, aprovechando la obsequiosa hospitalidad de algún magnate portugués.

Cierto día de otoño, presentóse en el Pazo el señorito, sin previo anuncio, y llamando á Santiago, encerráronse los dos en la habitación más retirada. Siempre la llegada de Raimundo era la señal de convocar apresuradamente á los pocos servidores útiles que existían en la villa más inmediata á Quindoiro, pero esta vez Santiago sólo avisó á una cocinera y se reservó la tarea de servir al señorito sin ajena ayuda. Al anoecer de aquel día, salieron juntos

del Pazo Santiago y Raimundo, y pasaron el Miño en una barca que ellos mismos manejaban. Bien entrada ya la noche, regresaron al Pazo, introduciéndose en él por una puertecilla del corral, que daba á un cobertizo, del cual se pasaba á la granera y á las habitaciones altas que servían de dormitorios. Nadie les había visto salir: nadie les vió volver, ni pudo observar que traían consigo á una dama, de airosa silueta y sombrerito con velo blanco. La dama se apoyaba en el brazo de Raimundo, y sofocaba una risilla nerviosa, á cada sitio estrecho y obscuro por donde tenían que pasar. Así que los dejó en salvo, Santiago se retiró.

A la mañana siguiente, cuando rondaba el aposento en que se habían recluso los amantes, esperando aviso para traer el desayuno, sintió de pronto que le ponían en el hombro una mano, vió frente á sí una faz demudada por el terror, y oyó la voz de Raimundo—ronca, sor-da, desconocida—que pronunciaba una sola palabra:—“Ven.”—Obedeció el mudo: penetró en el dormitorio, y tendida sobre la inmensa cama, de dorado copete y salomónicas columnas, vió á una mujer de faz amoratada, con el seno descubierto, los ojos casi fuera de las órbitas y la lengua entre los dientes. Se lanzó Santiago á socorrerla, pero la rigidez de la muerte endurecía ya sus miembros. Arrodiado al pie de la cama, Raimundo, aterrado y suplicante, tendía á Santiago los brazos, exclamando con desesperación:

—¡Y ahora! ¡Y ahora!

—A la noche—respondió lacónicamente el mozo.—Yo respondo. Esperar. No asustarse.

Corrieron las horas del espantoso día, y sin abandonar á su amo ni un instante, Santiago le ofreció, á falta de consuelos elocuentes, el de su presencia. Así que obscureció, habiendo despachado á la cocinera con un pretexto, se presentó armado de una linterna, que confió al señorito, mientras él cargaba á hombros el frío cadáver. Y al través de los vastos salones, en cuyas paredes la luz de la linterna proyectaba grotescas y trágicas sombras, bajaron á la cocina y de allí pasaron á la *adega* ó bodega. Las magnas cubas del vino añejo presentaban su redondo vientre, y en los rincones sombríos las colgantes telarañas remedaban mortajas rotas. Santiago dejó en el suelo á la muerta, y señaló á un tonel de los más chicos, indicando á su amo que era preciso moverlo para cavar debajo la fosa y que no se viese la tierra removida. Y el exánime Raimundo tuvo que empuñar una barra de hierro y ayudar á desplazar el tonel. En seguida Santiago cavó solo la hoya, ancha y profunda, rasando la pared en sus cimientos. Mas para colocar el cuerpo necesitó Raimundo cogerlo por los pies, mientras lo llevaba por los hombros Santiago. Acabada la lúgubre faena, colmada la fosa, repuesto el tonel en su sitio, Santiago vió que su amo se tambaleaba, y comprendiendo que no podía ya sostenerse, le cogió en brazos, le llevó á otra habitación, le echó en la cama, le hizo beber casi á la fuerza una copa de coñac, y le

acompañó toda la noche. Al amanecer hizo un atadajo con las prendas que habían pertenecido á la muerta, recogiéndolo todo, sin olvidar ni una horquilla, y metiéndose en el bosque, quemó pieza por pieza y soterró las cenizas.

Raimundo, á las pocas horas, tenía fiebre y delirio. Santiago se apostó á la puerta del cuarto para impedir que entrase nadie: cuidó á su amo lo mejor que supo, y veló diez noches el agitado sueño del criminal. Convaleciente, aunque débil y abatidísimo, el señorito pudo disponer su marcha, y al tiempo de separarse de Santiago, su mirada se cruzó con la del mudo, cuyos ojos decían: "Vé tranquilo."

Por entonces habló la prensa portuguesa de un suceso extraño: la misteriosa desaparición de cierta bella dama, esposa de un personaje, y adorada por él, á pesar de la murmuración, que siempre se ceba en la hermosura, la gracia y el talento. Sabiase que, habiendo salido sola de Lisboa á pasar una semana en la quinta que poseía á orillas del Miño, la gentil vizcondesa fué por la tarde á pasear sola también como de costumbre, diciendo á los criados que pensaba dormir en otra quinta muy próxima, perteneciente á una anciana parienta. Sin embargo, al transcurrir cuatro ó seis días y no saberse de la dama, los criados se alarmaron, y más al convencerse de que tampoco en la quinta próxima la habían visto. Empezó el *tole tole*: se revolvió cielo y tierra: hasta se inquirió el paradero de la desaparecida en el Brasil. Tiempo perdido: de la señora no se encontró ni rastro,

porque nadie había de ir á buscarla en la bodega del Pazo de Quindoiro, sepultada bajo un tonel que contenía muchos moyos de vino añejo.

En cinco años lo menos no volvió Raimundo al Pazo. Sin embargo, el tiempo y la impunidad iban calmando sus primeros terrores. Para disculparse, pensaba á solas que aquella mujer le había exaltado y puesto fuera de sí de celos con impudentes revelaciones, con retos insensatos, con burlas inicuas. Sentía además la singular querencia del asesino por el lugar donde cometió el crimen. Por otra parte, sus intereses le obligaban á no abandonar el Pazo enteramente. Se decidió... ¡Cosa rara! Lo único que le repugnaba cuando emprendió el camino, no era ni entrar en aquella casa, ni ver aquella cama de dorado copete, ni beber el vino de aquella bodega... sino tener delante á Santiago, al cómplice y encubridor, al testigo silencioso, al que *lo sabía y lo callaba y lo callaría* aunque le sometiesen á prueba de tormento...

Sin embargo, dirigióse al Pazo Raimundo, y el leal servidor le recibió con muestras de alegría. Apenas se encontró á solas con su amo Santiago el mudo, abriéronse sus labios, y en tono humilde, como quien se excusa, murmuró muy bajito:

—Señorito... puede... venir aquí... cuando guste... sin aprensión. Ya *no hay nada*... Este año por la Pascua moví la cuba, y *todo* lo saqué... Tenía encendido el horno... *Lo* metí en él... que no quedó... señal... ni miaja. Ni Dios, con ser Dios, descubre aquí cosa ninguna... Ni la tie-

rra lo sabe... ¡Venga cuando le parezca... sin cuidado!

Raimundo respiró hondamente. De su pecho se quitaba algo muy pesado, muy frío, muy hondo, una lápida que le oprimía los pulmones. Ya nunca podría su crimen arrastrarle á la afrenta, y quizá al patíbulo. La aprensión de los sentidos, que confunde el cuerpo del delito con el delito mismo, contribuía á persuadirle de que, borrada toda huella, estaba absuelto el criminal.

No obstante aún había en el Pazo una sombra, una negra proyección de aquel ignorado drama, algo en el ambiente, que ahogaba al señorito y no le permitía saborear la tranquilidad y el reposo...

A los pocos días de la llegada, llamando á Santiago á su aposento, Raimundo le ofreció una razonable suma, significándole que debía irse á Buenos Aires, reunirse con sus hermanos y labrarse cual ellos un porvenir. Bajo la morena pátina de su tez de labriego, Santiago palideció..., pero no replicó palabra. El instinto de perro fiel que le había guiado para ocultar el atentado del señorito, le decía ahora que estorbaba en el Pazo, y que ya la única memoria de la fatal noche era él, el mudo, el que conservaba en sus pupilas reflejos de la maldita linterna, y en sus manos partículas del polvo de la fosa...

A bordo del navío que tripulan emigrantes, ninguno más triste, ninguno más callado, ninguno más hosco que Santiago el mudo. Hasta que pierde de vista la costa, no aparta los ojos

de ella: así que en las nieblas del horizonte se oculta la verde patria, Santiago se sienta sobre un lío de cordaje, y alzando las rodillas con los brazos, mete la quijada en el pecho y permanece inmóvil, indiferente al bureo y á los cantares de los que también se van muy lejos, muy lejos, á desconocidos climas...

.....
 Por lo que respecta á Raimundo, se ha casado y veranea en el Pazo con su mujer y sus hijos.

